

biera sido de mí? Quizás caigo en el sepulcro, ó lo que es peor, quizás caigo en el crimen. Nada más fácil sino que mi amor inmenso me entregase inermemente completamente á ese hombre, olvidada de Dios y sorda á mi conciencia.

—Maldita sea la hora en que nací. Maldita la despiadada tierra que no me ahogó en sus entrañas ántes de dejarme ver la luz. Maldito mi cobarde cuerpo que se ha detenido delante de una débil mujer. Maldita mi alma que sabe hasta el fondo de las pasiones humanas y no sabe los medios de satisfacerlas y de saciarlas. Malditos todos mis progenitores que han contribuido á producir una vida en la cual hay este momento terrible, el momento de saber que podia saciar mi pasión y no la he saciado. Quiero morir, quiero que me maten.

—Bien pronto podrás satisfacer ese anhelo de morir que te asalta, dijo Serafin. Tu cabeza está pregonada. Las campanas de la ciudad tañen contra tí á rebato. Los condotieros de la Señoría salen á buscarte. Guido de Montaperto ofrece un premio incalculable al que, vivo ó muerto, te presente en sus fortalezas, pues vivo ó muerto te colgará de sus horcas. Así, por todas partes, se oyen el choque de las herraduras en los suelos, el relincho de los caballos espoleados, el grito de los condotieros reunidos: que el campo de Prato se halla atravesado por continuo ojeo, y tú eres la presa huémeada.

Efectivamente; allá léjos, y de una manera distinta, oíase el cabalgar de los jinetes, el requerir de las armas, el gritar de las patrullas, los indicios de que estaban cerca, muy cerca, los husmeadores de la víctima.

—¿Se acercan mis verdugos?

Preguntó Filippo.

—Calla, ó eres muerto.

Dijo Serafin.

—Callad, por Dios.

Añadió á su vez Lucrecia toda trémula.

—No, al contrario, voy á buscarlos para que inmediatamente me den la muerte.

—¡Filippo!

Gritó Lucrecia con verdadera angustia.

—No seas loco.

Dijo Serafin con verdadero interés.

—Dejadme.

Contestaba Filippo á todas estas súplicas.

—No, no.

Decía Lucrecia porfiando fuertemente.

—Salir es un suicidio.

Añadía Serafin.

—¿Para qué quiero la vida?

Preguntaba Lippi.

—Para el arte.

Decía Serafin.

—Que nada vale sin el amor.

Replicaba Lippi.

—Detente, espera.

Exclamaba Serafin.

—Soldados, soldados, gritaba el artista con toda la fuerza de sus pulmones, aquí está el raptor que buscáis.

—¡Insensato!

Decía Serafin.

—Que Dios nos asista.

Exclamaba Lucrecia levantando los brazos al cielo.

—Venid y tomad de estos hombros la cabeza por la cual os van á dar tanto dinero.

Gritaba Lippi.

—¿Qué vá á ser de él?

Preguntaba al cielo Lucrecia en los últimos límites de la desesperación.

—Oye. Tu perdición es segura; tu muerte inevitable.

Le decía Serafin á Filippo con porfiada insistencia.

—Pues por eso grito.

Le respondía Lippi.

—¡Qué horror!

Exclamaba Lucrecia entre dientes.

—En cuanto te cojan, te descuartizan.

—Ellos me arrancan la cabeza despues que vosotros me arrancais el corazón. ¿Queréis que la muerte pueda sobrepajar en tristeza á mi dolor?

—Escucha, escucha.

En efecto, cada vez se oían más distintamente las vibraciones de las armas, los relinchos de los caballos, los juramentos de los soldados. Cada vez el peligro se agravaba más; y más se aproximaba la muerte inminente de Filippo.

—Salvémonos, decía Serafin. Vienen, agujoneados por el interés, á inmolarte. Han dado con la entrada de la caverna y se acercan. Huye.

—Me importa poco la vida ó la muerte, muy poco. Huiria por vosotros, si acaso, no por mí. Pero solo no he de huir. Vámonos todos.

—Es más fácil que puedas salvarte solo. La debilidad natural de Lucrecia tendrá que esforzarse y violentarse mucho para seguirte. Y por ella caerás en manos de tus perseguidores.

—Sálvate, sálvate, sálvate.

Le gritaba Lucrecia, cada vez con más intenso terror.

—Solo no. Lo he dicho ya, y no necesito volver á repetirlo. Huyamos todos.

Y al decir esto, se asentó sobre una de las losas que mantenian las sepulturas etruscas, con estóica indiferencia.

—Adelante.

Gritaban los soldados ya cerca.

—Lippi, ¿quieres morir? Date tú mismo la muerte antes que entregarte á quien se cebará hasta en tus restos inanimados y yertos.

—¡Dios mio! ¡qué angustia! Gritaba fuera de sí Lucrecia. Es imposible que lo vea matar sin pedir ántes de rodillas á sus verdugos que me maten á mí. Y se acercan. Y se oyen sus gritos de rabia. Una manada de leones no rugiria como ellos rugen. La muerte, la muerte, la muerte, dádme-la á mí, que no puedo sufrir ya más. ¡Oh! Cuán desgraciada he sido en este mundo. Cómo la fatalidad se ensaña tristemente en mí. No quiero ver, no, la hora que siga á la muerte de Lippi. Acabad conmigo ántes de que con él acaben. Os lo ruego por caridad, por piedad, por todos los sentimientos propios de humanos corazones. Oid. Se acercan. Y cada paso que hácia nosotros dan, es como una puñalada que en el pecho me clavan. Matadme ántes de que lleguen. Matadme. No quiero, no, presenciar la muerte de Filippo.

—Me ama, me ama.

Murmuraba Lippi entre dientes con gozo indecible y sin mostrar ninguna inquietud por su crítica situacion.

—Que no le vea morir, que no le vea morir, que no le vea morir.

Repetia Lucrecia, sin interrupcion, como si fuera una demente absorta en la uniforme monotonía de un solo pensamiento.

—Huye, Filippo, huye.

Decia Serafin.

—¿Solo? Jamás. Huyamos todos. No me importa la muerte.

Y apoyaba el brazo en la rodilla y la barba en el brazo con la serena actitud de un hombre que aguardase tranquilo cualquier hecho corriente.

—Por caridad, huid.

Decia Lucrecia cuyos ojos despedian un torrente de lágrimas.

—No, no me iré solo. Prefiero la muerte, y la aguardo.

En estas oyóse un grito de furiosa alegría que atronó los aires. La tropa, entrada en la caverna, tropezó con el caballo que Filippo dejara en uno de los recodos de aquella bajada cercana ya al Panteon. Es imposible, completamente imposible describir la crueldad de aquel gozo y las palabras que inspirara. En los acentos de ira, en los votos de rabia, en las carcajadas de furor, en las frases de venganza, podian oirse los graznidos del cuervo, los rugidos del leon, los mahullidos del tigre, los resuellos de la hiena hambrien-

ta, los mugidos del toro furioso, todos los acentos de las fieras. Seguramente iban á caer sobre Filippo y á despedazarlo. Imaginaos una manada de alimañas carniceras que, hambrientas, se acercasen allá en las soledades del desierto á un aduar donde les aguardaba carne fresca. Pues así estaban aquellos condotieros cercanos ya á su presa. Si entran, si atrapan á Filippo, no aguardan á ningun tribunal, á ninguna autoridad, lo despedazan y se llevan la lívida cabeza para obtener de Guido de Montaperto el codiciado premio. La luz de los hachones que traian, se reflejaba en las paredes cercanas. Los gritos que daban, se oian como si dentro del panteon ya estuvieran. Serafin, arrodillado á la izquierda de Filippo, y Lucrecia arrodillada á la derecha, le pedian con verdaderas instancias la fuga, más temerosos que él mismo de su muerte. Pero, tranquilo, inflexible, reposado, contestó á todas las instancias con la frase consabida de que solo huiria huyendo todos con él. Y todos huyeron. Ya entraban los soldados, cuando Serafin abrió una losa que comunicaba con larga y profundísima galería por donde caminaron largo tiempo. Esta galería daba á un campo enteramente desierto, á cuyo amigo seno llegaron muy entrada la noche. Orientáronse fácilmente y traspusieron unas colinas. Despues de haberlas traspuesto, se encontraron en el Valle del Arno, cerca ya de su desembocadura en la mar. Una vez allí, el pródigo Serafin halló una galera que debia hacerse inmediatamente á la vela para Venecia. Y se embarcaron, Serafin satisfecho de haber salvado á Lucrecia y pesaroso de no haber podido separarla completamente de Filippo; Lucrecia satisfecha de haber arrancado su amante á la muerte y pesarosa de haber perdido su fama en el mundo; Lippi satisfecho de llevarse á Lucrecia á pesar de su virtud invencible y pesaroso de tener en Serafin un centinela infatigable. Sigámoslos, pues, á Venecia.